

# Presentación

Al decir de algunos especialistas, el vastísimo conjunto de espectadores asiduos de los medios de comunicación masiva acaba, irremediabilmente, por perder la certeza en torno a las diferencias entre realidad e irrealdad. Al mirar durante lapsos casi inmediatos —aducen— tanto la glosa de imágenes de una guerra real, que transcurre en un lugar lejano, como el ficticio enfrentamiento entre dos bandos peliculescos, los espectadores dejan de saber si lo que ven ocurre o no en el ámbito del mundo. Otros especialistas hablan asimismo de una “pérdida de identidad” porque la pantalla nos brinda tal evasión o —podría ser— tal sacudimiento. No es tan nuevo o reciente el recurso. Ya en la antigüedad los asistentes al teatro, al circo, a los montajes y tinglados populares buscaban con avidez —aun sólo fuera el tiempo que duraba la “función”— olvidarse de sí mismos para penetrar —deseo o huida satisfecha por la magia o, mejor, por la imaginación— en el universo preparado por sacerdotes que después asumieron el nombre de actores. ¿Y qué con ello? ¿No es el teatro lugar propicio para “aprender en cabeza ajena” de la misma manera que lo han sido las consejas, los dichos populares, las literaturas simbólicas o de ficción? “Ser otro —decía un personaje del *Abel Sánchez* de Unamuno— es dejar de ser uno, de serse el que se es.” Ante el dolor, la muerte, la violencia deseamos dejar de ser nosotros. Y algunos espectáculos —no sólo aquellos montados en imágenes y en el televisor— nos lo permiten, nos lo cumplen. A diferencia de la fiesta o de las danzas populares, cuyo elemento de sustento básico es la participación colectiva, el contagio alborotado, los espectáculos nos permiten “vernors” sin “sernos” realmente, no obstante que participamos en la zona intermedia del embeleso, la sorpresa, el arrobo porque, precisamente, hemos dejado de “sernos”. En la época contemporánea muchas situaciones, gran variedad de fenómenos cumplen con estas funciones y se erigen aun momentáneamente en espectáculos: los actos políticos, los deportes, las variadas liturgias, los conciertos de rock, los estruendos de las manifestaciones colectivas, las famosas “colas” para comprar boletos... El espectáculo contemporáneo ha tenido, por tanto, que azuzar los recursos de su propia naturaleza. Y en buena medida los protagonistas del espectáculo, las estrellas, han aprendido a hacer un espectáculo-otro fuera de los recintos, de las instalaciones, de los cauces discretos y permitidos de sus mismas “carreras”. La publicidad y los medios de información, ¿no han robado enormes caudales de atractivo a los espectáculos? Y los creadores de objetos y situaciones “de arte”, ¿no han aprendido, copiado y asimilado sus recursos y procedimientos? Hasta la divulgación de la ciencia acude ya a la aplicación de esos procesos que en épocas anteriores a la nuestra sólo pertenecían a las artes del espectáculo. No está lejano el día en que habremos de reconocer que las funciones didácticas y reveladoras del teatro, la danza, el circo y la pantomima —asumidas a su debido tiempo por el cine y la televisión— nos han enseñado y servido también para ver la historia, los problemas o la tragedia del hombre y la mujer, el grito o la muerte de un poeta... como en película.

Este número se halla dedicado precisamente a reflexionar y entrar en contacto con algunas fisonomías de las artes del espectáculo. Tal vez concentrarse en una lectura a fondo sea también “dejar de serse lo que se es”. ◇